

Günther Schmigalle

Rubén Darío y Paul Verlaine: una nueva lectura de su desencuentro en 1893

Badische Landesbibliothek, Karlsruhe, Alemania

Schmigalle@BLB-Karlsruhe.de

Darío tiene 26 años cuando se cumple por fin su gran deseo de conocer personalmente a su admirado Paul Verlaine. En julio de 1893, cinco años después de la publicación de *Azul ...*, Darío, todavía en los inicios de su ascenso a la gloria, llega a París por primera vez. Verlaine, por su parte, el célebre autor de *Poèmes saturniens*, *Fêtes galantes*, *Romances sans paroles* y *Sagesse*, a pesar de su fama está marcado por la pobreza, la enfermedad y el alcoholismo. Tiene 49 años, pero aparenta tener 70, y se ha convertido en una figura folklórica y escandalosa en el Barrio Latino. El encuentro tan anhelado por Darío resulta completamente decepcionante. 33 meses después, cuando Verlaine muere el 8 de enero de 1896, Darío redacta un artículo necrológico para *La Nación*, después incluido en *Los Raros*, donde menciona que “a mi paso por París, en 1893, me había ofrecido Enrique Gómez Carrillo presentarme a él” (Darío, “Paul Verlaine” y *Los Raros* 26), pero no dice nada más. Será hasta en 1911, casi dieciocho años después del traumatizante encuentro, que lo narra por primera vez en una crónica de *La Nación*:

Desde luego, mi conocimiento del gran Fauno no fué en el François I, ni en otros cafés que se citan siempre que se habla de Verlaine, adonde me llevaron a presentarme a Morré du Plessis [sic]¹ y Alejandro Sawa, sino en el D’Harcourt. Mucha gente rodeaba al Sócrates lírico. Yo, recién venido de América y con mis viejos ensueños, murmuré unas cuantas cosas de admiración. El no entendió nada; miró vagamente y, a propósito de la gloria, balbució en su boca de Dios una palabra cambrioniana ... ¿Qué íbamos a hacer? (Darío, “Films” y “Bullier” 1, 821).

¹ Maurice du Plessys.

Un año más tarde, en 1912, al dictar su autobiografía, lo cuenta por segunda vez:

Uno de mis grandes deseos era poder hablar con Verlaine. Cierta noche, en el café D'Harcourt, encontramos al Fauno, rodeado de equívocos acólitos. Estaba igual al simulacro en que ha perpetuado su figura el arte maravilloso de Carrière. Se conocía que había bebido hartó. Respondía, de cuando en cuando, a las preguntas que le hacían sus acompañantes, golpeando intermitentemente el mármol de la mesa. Nos acercamos con Sawa, me presentó: "Poeta americano, admirador, etc." Yo murmuré en mal francés toda la devoción que me fué posible y concluí con la palabra gloria ... Quién sabe qué habría pasado esta tarde al desventurado maestro; el caso es que, volviéndose a mí, y sin cesar de golpear la mesa, me dijo en voz baja y pectoral: *¡La gloire !... ¡La gloire! ... ¡M ... M ... encore! ...* (Darío, *Vida* 148-149)²

Después de ese encuentro, ¿hubo otros? Según la primera versión, sí:

Pude ver después dos veces al maestro, y en estas perentorias entrevistas no supe sino que de nuestra literatura española e hispanoamericana conocía nombres. Los que él más repetía eran éstos: Calderón, Góngora y Hurtado de Mendoza. Mas lo anunciado alguna vez en *La Plume* sobre la publicación de una traducción de Calderón, hecha juntamente por Verlaine y Moréas, fué cosa absurda. (Darío, "Films").

Según la versión posterior, de la *Autobiografía*, sin embargo, no hubo más encuentros:

Creí prudente retirarme y esperar para verle de nuevo en una ocasión más propicia. Esto no lo pude lograr nunca, porque las noches que volví a encontrarle, se hallaba más o menos en el mismo estado; y aquello, en verdad, era triste, doloroso, grotesco y trágico. (Darío, *Vida* 149).

¿Cuál de las dos versiones sería más fidedigna? Nos inclinamos a creer más en la primera, por los detalles sobre el español de Verlaine, tan plásticos y, como veremos, eminentemente verificables.

² Rubén Darío, sin duda, no recordaba en ese momento los versos del poema "Littérature", publicado en *La Revue blanche* en noviembre de 1891: "Ce qu'on appelle la Gloire! / – Avec le droit à la famine / A la grande Misère noire / Et presque à la vermine / – C'est ce qu'on appelle la Gloire!" (Verlaine, *Œuvres poétiques* 902).

Si nos preguntamos, primero, por la veracidad y la plausibilidad del relato en su conjunto, encontramos que, por un lado, ninguno de los que estaban presentes lo han mencionado: parece que ni Alejandro Sawa, ni Maurice du Plessys, ni por supuesto el mismo Verlaine hayan aludido alguna vez a la penosa escena. Por el otro, casi todos los biógrafos de Darío la repiten con fruición, desde Francisco Contreras (76) hasta Edelberto Torres (319), pasando por Arturo Torres-Río seco (62) y Juan Antonio Cabezas (1944, 134-135; 1954, 95-96). Torres agrega un detalle interesante, lamentablemente sin indicar su fuente:

No es posible conversar con el prodigioso autor de *Sagesse* y se retira. Lleva una impresión dolorosa, que sin embargo no lo alecciona, y pronto está con su amigo [Sawa] en un estado próximo al del doloroso *pauvre Lelian*. (319).

La versión que suelen citar los biógrafos es la de la *Autobiografía*; y se puede afirmar que el desencuentro entre Darío y Verlaine es hoy uno de los episodios más conocidos de *La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. ¿Por qué este éxito? Es obvio que lo “triste, doloroso, grotesco y trágico” del cuadro impacta fuertemente al lector; el relato transmite un no sé qué de lo poco que ganamos a veces con ver nuestros deseos cumplidos; algo que Darío en otras ocasiones ha llamado “eironeia”. Por lo demás, para el lector literato, el episodio confirma lo que sabemos, o creemos saber, sobre la última década de la vida de Verlaine, década “de todos los decaimientos y de todas las derivas ... un naufragio increíble ... una caída fascinante, prodigiosa, cada vez más acelerada e irreversible” (Buisine 409). En estos años, dice uno de sus biógrafos modernos, Verlaine

se convierte en uno de los personajes más asombrosos de la bohemia parisiense, figura ejemplar, emblemática del poeta maldito. [...] De una taberna a otra, en el Barrio Latino, Verlaine transporta su decadencia como el caracol su concha. Expone su miseria, la convierte en su imagen de marca. Exhibe toda la desgracia de la condición de poeta. (Buisine 409-410).

Fue en estos diez años, de 1886 hasta su muerte en 1896, que Verlaine hizo veinte estancias en los hospitales de París y de sus suburbios³. Y hay, sobre estos últimos años,

³ Buisine las enumera pacientemente una por una (ver 412-413).

innumerables anécdotas que se parecen al episodio vivido por Darío. Escuchemos a Charles Maurras:

Nos encontrábamos una noche de invierno, du Plessys, Moréas y yo, en un café en la esquina de la rue Corneille y de la rue de Vaugirard. Alguien entró. Era Verlaine, quien, totalmente insensible a la emoción que provocaba en nosotros y ayudándose con el palo que le servía de bastón, terminó por agarrarse de una mesa. Estaba extremadamente borracho. Y se reía. De repente sacó de sus bolsas un pañuelo negro de suciedad, innominable, un rosario, un cuchillo, unos mendrugos de pan y los colocó delante de sí. “¡Ah!, maestro!, ¡maestro!” exclamó du Plessys dirigiéndose hacia el desgraciado. Verlaine lo miró, nos miró después, y, recogiendo de repente pañuelo, rosario, cuchillo y mendrugos, los hizo desaparecer, se encaminó hacia la salida y desapareció en la calle sombría sin haber podido articular una sola palabra. (en Carco 118-199).

Alfred Vallette, en una conversación con Paul Léautaud, también recuerda que “se sabía muy bien que era un gran poeta. Solamente, se prefería no verlo. Cuando se le veía, por lo general estaba más o menos borracho, rodeado por una banda de bohemios como él mismo. Esto no tenía nada de atractivo”, y Léautaud agrega: “El mismo Vallette lo ha visto varias veces. [...] Jamás lo ha escuchado decir nada interesante, nada que revelara el gran poeta que era.” (Léautaud 1217). Pero, para no multiplicar las anécdotas, citemos un artículo poco conocido de Remy de Gourmont, que ofrece un resumen de la última década de Verlaine:

Esta última etapa de la vida de Verlaine no aparece, en verdad, muy edificante, pero vista de esa manera, a través de mil anécdotas, no tiene ese carácter vergonzoso de baja bohemia que se le ha atribuido siempre. Él no tenía instintos de bohemio, y fueron las circunstancias, más que su propio gusto, las que le condujeron a la mala vía. Como era pobre, y por lo demás incapaz de ganarse regularmente la vida, vivía en el hotel, como un viejo estudiante. Ahora bien, una habitación de hotel no es un lugar muy agradable: raras veces eso constituye un gabinete de trabajo donde uno se siente bien, donde uno se retira con gusto. La consecuencia: el café. Verlaine va al café. Hacia 1890, un fotógrafo tuvo la idea de publicar una serie con el título, si me acuerdo bien, “Nuestros escritores en su casa”, y mientras los hombres de letras, entonces más o menos célebres, se exhibían en medio de un suntuoso ambiente, digno de banqueros o de dignatarios, Verlaine figuró simplemente tomándose su ajenjo, en el café François I^{er}, frente a la reja del

Luxemburgo. Fue allí donde, por el momento, el poeta estaba en su casa. Pero todos los cafés conocidos y desconocidos del barrio Latino lo tuvieron sucesivamente como huésped. Frecuentaba el Voltaire, el Procope, el Soleil d'Or, donde lo vi por última vez, y otros, sin contar un número de bebitrajos de último orden, donde se paraba frente al mostrador, apoyado en su bastón. [...] Pero en los grandes cafés, estaba casi siempre rodeado de una corte de jóvenes que lo consideraban con una admiración en la cual había mucha curiosidad; mas de uno no logró comprender nunca a ese ser extraño, brutal y vulgar, de aspecto bárbaro y embrutecido, que había hecho los versos más dulces del mundo y parecía negarlos con sus palabras. Su conversación, a veces fina y espiritual, era casi siempre de un raro cinismo. (De Gourmont).

Sobre el alcoholismo de Verlaine, el mismo autor explica:

En comparación con Ibsen, Verlaine bebía moderadamente, pero, de un temperamento mucho más robusto que el viejo noruego, absorbía mezclas mucho más dañinas que el alcohol puro, y las soportaba mal. Pretendía, por lo demás, no buscar en los aperitivos (que tomaba a cualquier hora del día o de la noche) otra cosa que no fuera el olvido de sus viejas penas, su divorcio, su separación de su hijo, el desconcierto de su vida. ¡Palabras de un bebedor que busca una excusa para sus malos hábitos! (De Gourmont).

Pensamos que este artículo de de Gourmont (reseña del libro *Les derniers jours de Paul Verlaine*, de Gustave Le Rouge y Frédéric-Auguste Cazals) es un resumen casi perfecto del contexto en el cual hay que situar el episodio del desencuentro de Darío con Verlaine; describe el ambiente general de la escena que narra Darío y a la vez confirma su plausibilidad y su probable autenticidad. Si queremos más detalles, las palabras que ya citamos de Darío sobre el español de Verlaine: “de nuestra literatura española e hispanoamericana conocía nombres. Los que él más repetía eran éstos: Calderón, Góngora y Hurtado de Mendoza. Mas lo anunciado alguna vez en *La Plume* sobre la publicación de una traducción de Calderón, hecha juntamente por Verlaine y Moréas, fué cosa absurda”, son confirmadas por uno de los primeros biógrafos del poeta, Edmond Lepelletier (67-77), y más recientemente por las investigaciones de Georges Zayed (118-122) y de Robert A. Jouanny (243-245). Respecto a la traducción de Calderón, Zayed explica:

Calderón, por su parte, a quien Lepelletier considera como “uno de los educadores de la primera juventud” de Verlaine, estaba completamente traducido, y el joven poeta podía leer sus obras con toda tranquilidad: *La devoción de la cruz*, *El médico de su honra*, *La vida es sueño*, *El mágico prodigioso*, *A secreto agravio*, *secreta venganza*, etc. Se sabe que Verlaine tenía una debilidad por esta última pieza, pero tenemos derecho a preguntarnos por qué quería traducir este sombrío drama de celos, del cual ya existían tres traducciones en prosa. ¿Tenía la intención de traducirlo en verso? ¿O habría que pensar que su odio por su mujer, Mathilde, tenía algo que ver con este propósito? En todo caso, como con los poemas de Góngora, el proyecto no fue realizado. (Zayed 120).

Y Jouanny demuestra que el proyecto, por un lado, se refleja en la correspondencia entre Verlaine y Moréas, y, por el otro, fue objeto de burla entre los cantantes del Barrio Latino y en la misma revista *La Plume*, donde el anuncio que menciona Darío consistió de “una larga lista de obras anunciadas que no se publicarán jamás”, entre ellas “Paul Verlaine: *A secreto agravio*, *secreta venganza*, drama traducido del español con Jean Moréas.”⁴

A la vez, cuando de Gourmont alude al “olvido de sus viejas penas ... [al] desconcierto de su vida”, nos brinda elementos para comprender por qué la admiración de Darío por Verlaine no disminuyó con el malogrado encuentro; más bien se hizo más profunda y, podríamos decir, más íntima. En los artículos que posteriormente dedica al “desventurado maestro”, lo vemos defender a Verlaine contra los ataques de Max Nordau (Darío, “Paul”) y contra la sospecha de homosexualidad⁵, lo vemos explicar que Verlaine no fue bohemio por gusto, sino por necesidad⁶, y recomendar la lectura de un libro póstumo de Verlaine porque “ayuda a conocer el oro cordial del hombre” (Darío, “La hija” 201)⁷. Lo vemos defender a

⁴ *La Plume* 15 de febrero de 1892 (Jouanny 245).

⁵ “Los amigos de asuntos tortuosos se encontrarán desilusionados al ver que lo referente a la famosa cuestión Rimbaud se precisa con documentos en que toda perspicacia y malicia quedan en derrota.” (Darío, “La hija” 195). El artículo de Darío es una reseña del citado libro de Lepelletier, que califica como “piadoso y definitivo”.

⁶ “Mucho pesará a los adoradores de la *soucoupe* el saber que Verlaine era un hombre de ideas burguesas, que si vivió la vida de la bohemia, fue forzado por las durezas de la suerte, por las caprichosas circunstancias que amontona la casualidad, esto es, de todas maneras, la ley del destino, para hacerle torcer su dirección, y cambiar la tranquilidad de una existencia que hubiese sido honestamente apacible, por las tormentas pasionales y las noches borrascosas a que conducen los desatados instintos y las ponzoñas de la voluntad.” (Darío, “La hija” 196).

⁷ El libro que recomienda Darío es *Voyage en France par un Français*. Es una obra, escrita bajo la influencia de Barbey d’Aurevilly y de Vuillot, en la cual se glorifica una Edad Media idealizada, la decadencia de Francia se relaciona con la idea misma de la democracia, y el espíritu moderno, la República y el parlamentarismo son

Verlaine incluso contra “esa malhadada fotografía de la serie ‘nos contemporains chez soi’” – la misma que menciona de Gourmont en su artículo– “que se ha reproducido en ‘magazines’ e ilustraciones extranjeras, y en la cual aparece ‘en su casa’ el infeliz gran poeta, ante una mesa tabernaria en que se ve el brebaje fatal a su existencia y a su reposo espiritual, por tantos años” (Darío, “La hija” 196)⁸. Y cuando Miguel E. Pardo en las páginas de la *Revista de América* afirma que “Verlaine, el exquisito poeta de las *Fiestas Galantes*, es un desequilibrado (y ¿para qué andar con misterios?) Verlaine es el poeta corifeo de ese erotismo, de ese espantoso erotismo que el humano lenguaje no encuentra epítetos con qué calificar: Verlaine es un desgraciado” (Pardo 35), Darío le responde desde *La Nación*, confirmando lo que dice Pardo, pero dándole un matiz muy diferente:

La Carne sí, fue invencible e implacable. Raras veces ha mordido cerebro humano con más furia y ponzoña la serpiente del Sexo. Su cuerpo era la lira del pecado. Era un eterno prisionero del deseo. Al andar, hubiera podido buscarse en su huella, lo hendido del pie. Se extraña uno no ver sobre su frente los dos cuernecillos, puesto que en sus ojos podían verse aun pasar las visiones de las blancas ninfas, y en sus labios, antiguos conocidos de la flauta, solía aparecer el rictus del egipán. Como el Sátiro de Hugo, hubiera dicho a la desnuda Venus, en el resplandor del monte sagrado: *¡Viens nous en!* Y ese carnal pagano aumentaba su lujuria primitiva y natural a medida que acrecía su concepción católica de la culpa. (Darío, “Paul” 27-28)⁹.

atacados con diatribas feroces. Se puede consultar hoy en Verlaine, *Œuvres en prose* (993-1046). Verlaine la escribió con la esperanza de ser reconocido como un gran escritor católico, un “Juvenal cristiano”. La ofreció en 1881 a la *Revue du monde catholique*, que la rechazó. En diciembre de 1891 Verlaine ofreció el manuscrito a su eficiente y discreto mecenas, el conde Robert de Montesquiou, pero al final tuvo que cederlo a su hospedero, un señor Lacan a quien debía 200 francos del alquiler de su apartamento y quien amenazaba con echarlo a la calle. El manuscrito fue comprado después por un amigo de los Goncourt, el coleccionador Delzant, cuyo yerno lo publicó once años después de la muerte del poeta. El papel de Juvenal cristiano fue asumido, a partir de 1884, por Léon Bloy.

⁸ Ver Lepelletier (515-516). Se refiere a la fotografía de Dornac (= Paul Marsan), “Verlaine en el café François I el 28 de mayo de 1892”. El cliché de esta foto fue vendido en subasta en la casa Drouot, en mayo de 2008, por 37,000 euros. (Ver Dupont). Hay que reconocer, sin embargo, que “Dornac ha querido a un Verlaine poeta y bebedor de ajenjo, pero no lo ha querido ni borracho ni sucio” (Guittard 80).

⁹ En España, la muerte de Verlaine fue “pretexto a ajustes de cuentas entre partidarios y detractores del poeta” (Seris 154).

Por algo, Rachilde, en un estudio que publicó sobre Darío varios años después de su muerte, lo llama “el Verlaine de América Latina” (8).¹⁰

Bibliografía

- Arellano, Jorge Eduardo. *“Los Raros”: una lectura integral*. Managua: Instituto Nicaragüense de Cultura, 1996.
- Buisine, Alain. *Paul Verlaine. Histoire d'un corps*. París: Tallandier, 1995.
- Cabezas, Juan Antonio. *Rubén Darío. Un poeta y una vida*. Madrid: Ediciones Morata, 1944.
- Cabezas, Juan Antonio. *Rubén Darío. Un poeta y una vida*. Madrid: Ediciones Morata, 1954.
- Carco, Francis. *Verlaine*. París: Éditions de la Nouvelle Revue Critique, 1939.
- Contreras, Francisco. *Rubén Darío. Su vida y su obra*. Barcelona: Agencia Mundial de Librería, 1930.
- Darío, Rubén. “Paul Verlaine”. *La Nación* 10 de enero de 1896.
- Darío, Rubén. “Paul Verlaine”. *Los Raros*. Buenos Aires: Talleres de “La Vasconia”, 1896.
- Darío, Rubén. “Films de París. I. Bullier. II. El espíritu de Jean Moréas”. *La Nación* 4 de marzo de 1911.
- Darío, Rubén. “La hija [sic, por Vida] de Verlaine. Realidad y leyenda”. *Todo al vuelo*. Madrid: Renacimiento, 1912. 193-201.
- Darío, Rubén. *La Vida de Rubén Darío escrita por él mismo*. Barcelona: Maucci, 1915.
- Darío, Rubén. “Bullier”. *Obras completas*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1950-1953.
- De Gourmont, Remy. “Verlaine intime”. *La Dépêche* (Toulouse) 12 de agosto de 1911.
- Dupont, Pépita. “Dornac, premier portraitiste des stars”. *Paris Match* 29 de mayo de 2008.
- Guittard, Jacqueline. “Verlaine au café: trois clichés de Dornac”. *Revue des Sciences Humaines* 285 (enero-marzo de 2007): 67-81.

¹⁰ Una versión española (traducción y notas de Fidel Coloma González) se puede consultar en: *Boletín de la Escuela de Ciencias de la Educación* (Managua) 1 (1961): 70-72, aquí 72. Ver Arellano (162).

- Jouanny, Robert A. *Jean Moréas écrivain français*. Paris: Minard, 1969.
- Léautaud, Paul. *Journal littéraire*. Tomo 2. París: Mercure de France, 1986 (3 de febrero de 1933).
- Lepelletier, Edmond. *Paul Verlaine. Sa vie – son œuvre*. París: Mercure de France, 1907.
- Pardo, Miguel E. “Curiosidades Literarias”. *Revista de América* 5 de septiembre de 1894.
- Rachilde. “Rubén Darío”. *Revue de l’Amérique Latine* 1 de enero de 1922: 5-8.
- Seris, Christiane. “Verlaine en espagnol”. *Paul Verlaine*. Eds. Pierre Brunel y André Guyaux. París: Presses de l’Université Paris-Sorbonne, 2004 (Mémoire de la Critique). 151-160.
- Torres, Edelberto. *La dramática vida de Rubén Darío*. San José: EDUCA, 1980.
- Torres-Río seco, Arturo. *Vida y poesía de Rubén Darío*. Buenos Aires: Emecé, 1944.
- Verlaine, Paul. *Voyage en France par un Français*. París: Messein, 1907.
- Verlaine, Paul. *Œuvres poétiques complètes*. París: Gallimard, 1962.
- Verlaine, Paul. *Œuvres en prose complètes*. París: Gallimard 1972.
- Zayed, Georges. *La formation littéraire de Paul Verlaine*. Ginebra, París: Droz, Minard, 1962.